

LOS GRANDES FILMS

**Mudos y
Sonoros**



MADY CHRYSTIANS

**SOLO TE HE QUERIDO
A TI**

**50
cts**

Los Grandes Films
Mudos y Sonoros

DIRECTOR: FRANCISCO-MARIO BISTAGNE
Pasaje de la Paz, 10 bis - BARCELONA - Teléfono 18551

Sólo te he querido a tí

Delicioso asunto,
interpretado por la encantadora
Mady Christians

50


Producción SONORA

Exclusiva de

Febrer y Blay

Pasaje de la Paz, 8

BARCELONA



Sólo te he querido a tí

Argumento de la película

I

Era la noche en que la famosa cantante Inge Lind celebraba su beneficio.

El teatro se hallaba repleto de un público distinguido, cuya vanguardia estaba integrada por caballeros que ya no cumplirían los cincuenta y que, no contentos con tener el escenario casi al alcance de la mano, iban provistos de potentes primáticos.

La explicación de esto está en que la compañía a la que Inge Lind pertenecía era de opereta y sus coristas pasaban por ser las muchachas mejor constituidas que habían pasado por los escenarios de la urbe.

En efecto, apenas se levantó el telón y la orques-

ta comenzó a tocar la animosa y marcial marcha de Schubert, aparecieron en el escenario en formación perfecta, una legión de bibelots de carne, a los que era imposible mirar a la cara. Y era imposible porque los ojos—los de los hombres, se entiende—sentíanse atraídos con poder irresistible por contornos más inferiores.

Se preveía que para haber logrado reunir aquella cantidad de piernas impecables, habrían tenido que desfilan por el saloncillo de ofertas millares de muchachas y que el encargado de la selección habría terminado en una casa de salud, empachado de ligas y de medias de seda.

El vestido que aquellas muchachas llevaban medía alrededor de palmo y medio y *desvestidas* así, ofrecían los esplendores de sus blancuras estatuarías, con movimientos de un ritmo impecable, a los prismáticos de los vejates.

Marcharon de frente, de espaldas y de lado, se inclinaron hacia adelante y hacia atrás, levantaron la pierna hasta rendirse y movieron los brazos en todas direcciones, dejando bien sentado que en cualquier actitud y se las mirase por donde se las mirase, constituían una tentación para los temperamentos poco apacibles.

Al terminar la marcha, las coristas desaparecieron entre bastidores en medio de una ovación estruendosa. Se impuso el bis y se repitieron las evoluciones y las actitudes *demonstrativas*.

El viejo traspunte consideró que había llegado la hora de llamar a las primeras partes de la compañía, pues a cargo de ellas estaba la escena siguiente.

Oprimió primero el botón del timbre correspondiente al cuarto de Inge Lind, y después el que sonaba en el camerino de Otto Radney.

La cantante, que estaba aún ante el tocador, se apresuró a dar los últimos toques a sus cabellos y a su rostro.

Era una mujer magnífica, de figura majestuosa. Venus de carne, estatua viva, los suntuosos vestidos se deslizaban por su cuerpo con delicadas ondulaciones, con suavidad acariciadora, y sus compañeras y cuantas mujeres la veían envidiaban aquella elegancia hecha de flexibilidades y armónicas negligencias.

En cuanto al rostro, no era el más adecuado a aquella figura de pletórica y potente belleza. Era un rostro angelical, de expresión dulce y bondadosa. Bajo la frente blanca y purísima, los ojos claros tenían una serenidad transparente y en su fresca boca había una perenne sonrisa, franca e inocente. Sobre el conjunto, los cabellos ponían una aureola de seda y oro.

También Otto Radney, apremiado por la llamada del timbre, se dispuso a dar los últimos toques al arreglo de su persona, y se miró al espejo adoptando diversas actitudes, encontrándose



Era una mujer magnífica, de figura majestuosa.

en todas como él quería encontrarse, a juzgar por la sonrisa vanidosa con que terminó el examen.

Era ciertamente un hombre arrogante. En cuanto al rostro, la naturaleza le había dotado de unas facciones correctas, cuyo atractivo él sabía hacer resaltar de modo que las mujeres las hallaban adorables, como atestiguaba su larguísima lista de conquistas, a la que raro era el día que no añadía un nombre nuevo.

Salió al pasillo muy ufano y sonriente y se detuvo ante el camerino de Inge Lind, a cuya puerta dirigió una mirada maliciosa.

Llamó con los nudillos.

—¡Adelante!—repuso la tiple.

El abrió:

—La felicito anticipadamente, admirada compañera. Va a estar usted insuperable en la noche de su beneficio.

Ella le saludó y le sonrió por el espejo.

—Gracias, Otto—dijo con alegre cordialidad.

Y Otto recogió aquella sonrisa y aquella mirada para devolverlas como sólo él sabía.

Entró en este momento un botones, con un magnífico ramo.

Inge lo tomó y lo contempló un momento.

—Es precioso—comentó con entusiasmo.

Pero al leer la tarjeta que había entre las flores, su rostro cambió rápidamente de expresión.

“Una importante reunión me impide ir esta noche al teatro. Perdóname y compadéceme.”

En el otro lado de la tarjeta se leía el siguiente nombre:

HUBERT BAUNGART

Otto siguió atentamente el gesto de desaliento de la artista y espió otros movimientos de Inge, a los que, a juzgar por la expresión de su rostro, daba gran importancia.

Bajó la tiple al escenario y por la mirilla del telón pudo comprobar que, en efecto, la butaca de Hubert estaba vacía.

Con una sonrisa de amargura, se retiró tras los bastidores y esperó a que el telón se levantara para la segunda escena.

II

Era un duo entre Otto y ella, una canción de amor.

Inge notó que el tenor daba aquella noche una viva expresión al canto. Dijérase que cantaba, no para el público, sino para ella y que no estaba representando un papel sino dando expansión a un sentimiento real. Aquellos brazos la estrechaban de veras y verdadera era la emoción que hacía

temblar aquellas manos y que iluminaba sus ojos con un resplandor de anhelo.

Quedó un momento sorprendida pero en seguida creyó comprender. Otto trabajaba con tanto entusiasmo con objeto de que el duo tuviera el máximo éxito en el día de su beneficio. Era un homenaje que acreditaba a Otto de buen compañero y que ella agradeció en el alma.

Estuvo insuperable. El público la aplaudió con prolongado entusiasmo. Varias veces tuvo que repetir aquel número y lo mismo sucedió con los sucesivos.

Al final de la obra, la ovación fué clamorosa y unánime. El escenario se llenó de flores rápidamente. Una fila de acomodadores llenaba el pasillo central y pasaba por delante de la artista dejando espléndidos cestos y ramos fastuosos. El telón cayó y volvió a subir repetidas veces. Por fin, tuvo Inge que corresponder a los aplausos dirigiendo la palabra al público y sólo así pudo calmar los ánimos.

Todo esto la hizo casi olvidarse de la amargura que le había producido la ausencia de su amado Hubert. Llegó a no preocuparse de aquella butaca vacía que había en una de las primeras filas del patio.

El olvido fué absoluto más tarde, cuando se reunió con sus compañeros y amigos íntimos en el banquete que éstos le ofrecieron.

A su lado estaba sentado Otto y él fué uno de los que más hicieron para que del pensamiento de Inge se alejara el recuerdo de Hubert y de su falta.

Hubo brindis en abundancia, corrió el champaña. Poco a poco, y gracias especialmente a esta exquisita bebida, Inge fué sintiendo una animación y una alegría que la inclinaba a querer a todos cuantos la rodeaban, incluso al viejo tras-punte que, no teniendo sitio en la mesa, se había sentado detrás de la fila de comensales y a quien ella hizo llegar hasta su lado para ofrecerle una copa de champaña.

Estas demostraciones de afecto y camaradería se repitieron durante toda la segunda mitad del banquete, y como nadie aceptaba la copa sin que Inge hubiera probado su contenido, la artista bebió lo suficiente para perder por completo los estribos.

Alguien que conservaba aún una reminiscencia de serenidad apuntó la conveniencia de que no se permitiera a Inge beber más, pero Otto, por toda respuesta le volvió a llenar la copa y la invitó a que se la bebiera y, una vez adquirida la inspiración suficiente, pronunciara un discurso.

Después de la pieza oratoria, que si no fué precisamente un modelo como tal contuvo la sinceridad suficiente para arrancar nutridos aplausos



...Otto, por toda respuesta, le volvió a llenar la copa...

del auditorio, le dejó tan seca la boca que hubo de pedir un poco de champaña.

Otto se la llenó hasta los bordes y ella añadió sin vacilar todo su contenido al exceso de líquido que estaba ya soportando su cuerpo no acostumbrado a excesos semejantes.

Allí se dió por terminada la fiesta y Otto, entre los clamores de los comensales, condujo a Inge hasta el coche, materialmente abarrotado de flores sobre las cuales se dejó ella caer, levantando las piernas para decir con ellas adiós a sus amigos.

Otto se había sentado a su lado y tampoco la dejó cuando el coche se detuvo ante la casa de la artista, sino que subió con ella al piso.

—Haces bien en acompañarme, Otto—dijo Inge—. De lo contrario, creo que no podría llegar arriba.

—Supongo que estarás satisfecha del éxito que has alcanzado en la noche de tu beneficio.

—Jamás olvidaré esta noche, Otto.

Habían llegado al coquetón saloncito que para Inge era la pieza favorita de su casa.

Había una *chaise longue*, profusión de cojines, butacas y baquetas de finas patas, una mesita de te esbelta y de pies dorados, un piano...

Ella se dejó caer en la *chaise longue*, riendo sin motivo. El se sentó al piano y comenzó a tocar

y a cantar la canción de amor que hacía poco había cantado con ella en el teatro.

Inge se levantó sobresaltada.

—¡Por Dios, Otto: los vecinos!...

Y entonces Otto pasó del fuerte al pianísimo con una cómica transición que hizo a la artista mucha gracia.

Pero en seguida volvió a atacar las notas con fuerza y la cantante corrió hacia la ventana, para cerrarla y correr las cortinas.

Después volvió al lado de Otto. El deslizó su mano izquierda hasta alcanzar la de ella y siguió acompañándose con la otra.

Cantaba, cantaba poniendo en su voz y en sus palabras un fuego tan vivo como el que Inge sentía correr por sus venas a impulsos del champaña, al mismo tiempo que la iba atrayendo hacia él de modo que la cantante no pudo resistir.

La embriaguez del alcohol se sumaba ahora a otra que la hacía temblar con íntimas vibraciones.

Era una fuerza para ella desconocida porque no la había sentido jamás, una fuerza que la arrastraba hacia Otto y que la movía a desear que el la siguiera atrayendo.

No podía pensar. En su mente había una niebla turbadora que le impedía razonar. Su alma, en aquellos momentos, sólo era apta para los impulsos arrebatadores.

Sin dejar de cantar, Otto se levantó y la rodeó

con sus brazos. Hubo un vislumbre de lucidez en su mente y quiso retroceder, pero una oleada de esa otra sensación que por primera vez experimentaba, la hizo desistir de su momentáneo propósito y, en vez de retirarse, se acercó más a Otto y esperó con los labios entreabiertos y agitados por un anhelo profundo el beso del seductor.

Se oyeron murmullos, palabras entrecortadas. La mano de Otto rodó la llave de la luz y, en la sombra, se oyeron los pasos vacilantes de los dos hacia otras habitaciones más íntimas de la casa.

III

Cuando, ya muy avanzada la noche, Hubert terminó su cometido en la importante reunión que le había impedido asistir al teatro, reunión que le había valido la obtención de un contrato como ingeniero en las fábricas que una poderosa Compañía poseía en Omstadt, se dirigió al teléfono para adelantar a Inge algo de la gran noticia.

Pero se cansó de llamar sin que le contestaran.

—Sin duda está ya durmiendo—pensó—. ¡Como es tan tarde!...

Pasaron algunas horas. Hubert dormía ya plá-

cidamente después del esfuerzo realizado durante la noche. En cambio, Inge en su villa de las afueras, llevaba ya un buen rato despierta y absorta.

Apenas los primeros resplandores del día se habían filtrado por las rendijas del balcón, apenas los efectos del alcohol se desvanecieron con el sueño y pudo comprender y recordar, se apresuró a saltar del mancillado lecho donde aun reposaba el cuerpo de Otto y salió horrorizada de la habitación.

Una vergüenza enorme, una atroz angustia la poseía.

Absorta en sus atormentadores pensamientos permaneció en el saloncito hasta que Otto se levantó.

Al oírlo salir no se atrevió ni siquiera a levantar la vista del suelo. El se acercó sin duda para darle un adiós cariñoso, pero ella lo rechazó.

—¡No! ¡No! Vete.

Y permaneció con la vista baja mientras oía como se alejaba aquel hombre que le había arrebatado la honra.

* * *

Poco después alguien entró. Era Hubert. Inge se estremeció al verle.

El se echó a reír.

—¡Pobrecita! ¡Te he asustado!



—¡No! ¡No! Vete.

Y sin dejarla hablar, añadió:

—He de comunicarte algo muy importante, Inge. Anoche no fuí a verte a pesar de que celebrabas tu beneficio.

—Es verdad. Anoche no viniste—dijo ella con un dejo de amargura que Hubert no supo interpretar.

—Verás como te pasa el mal humor cuando se pas por qué no fuí anoche al teatro. Mira, Inge.

Le ofreció un papel arrollado. Era el contrato que había firmado la noche anterior.

Inge leyó:

“Y además de la dirección de las fábricas que la Compañía posee en Omstadt, se confiere al doctor Hubert Baumgart, poderes generales en virtud de los cuales...”

Inge comprendió. No necesitó seguir leyendo.

—Lo celebro, Hubert—dijo fríamente.

—Oyeme, Inge—dijo entonces el ingeniero cogiéndola afectuosamente por los hombros—. Este contrato es lo que yo perseguía y anhelaba hace mucho tiempo. ¿Y sabes por qué? Porque quería ofrecértelo a ti, porque sólo esperaba esto para decirte: Inge ¿quieres casarte conmigo?

Ella se quedó fría, petrificada. Jamás había pronunciado Hubert una palabra referente al matrimonio. Ella sabía que la amaba de verdad y que no era una baja pasión lo que le profesaba, pero jamás se había atrevido ni siquiera a pensar

que pudiera llegar aquel momento. Al fin y al cabo, ella era una artista y Hubert un muchacho de familia aristocrática. Los matrimonios así suelen ser imposibles.

Y he aquí que cuando Hubert le hacía aquella revelación que para ella significaba la plena felicidad, el pecado acababa de levantarse entre ellos como una barrera.

—¿Qué dices a eso, Inge?

—No sé... no sé... Ha sido tan inesperado...

El creyó comprender aquella emoción, aquella sorpresa.

—Inge, yo sé que tú me amas, yo sé que tú aceptas lo que te he propuesto. Pero he de hacerte una súplica. Deja el teatro.

Inge se sentía agitada por una terrible lucha interior. No podía engañar a quien tanto amaba, pero tampoco podía rechazar aquello que sería para ella lo más hermoso de su vida. Tenía derecho a tomar la felicidad que se le daba. Pero ante este sentimiento se levantaba la protesta de su conciencia que le decía: “No puedes engañar a quien tanto amas.”

Por eso contestó:

—¿Dejar el teatro? No podré hacer eso, Hubert. Ninguna artista en pleno triunfo lo haría. Los aplausos del público constituyen en nosotras una pasión irrefrenable.

Mentía. ¿Qué le importaban a ella los aplausos,

ni la gloria, ni nada en el mundo comparado con aquello que Hubert le ofrecía?

Pero no había más remedio. Era necesario sacrificarse.

Y cuando esperaba alguna protesta, alguna palabra dura de Hubert, oyó con dolor que él contestaba:

—Sé que eso representa un enorme sacrificio para ti, Inge. Pero yo te aseguro que serás feliz a mi lado porque dedicaré mi vida entera a agradecértelo.

Inge no podía más. Una palabra más y se habría dado por vencida.

—Un amor verdadero, reemplazará en tu corazón ventajosamente las ficciones del teatro.

La artista no se atrevía a desplegar los labios. No se sentía con fuerzas para seguir mintiendo. En aquel momento entró Lechner, el viejo director de la compañía.

Llevaba un montón de periódicos debajo del brazo.

—¡Un triunfo sin precedentes, Inge! ¡Mira, mira!

Y comenzó a desplegar periódicos y a mostrarlos.

Pero la artista sonrió tristemente.

—Todo es mentira, todo es ficción en el teatro, amigo Lechner. Amores que no son amores, dichas que a veces llevan en el fondo el tormento.

Lechner la miró sorprendido.

—Hoy no eres la misma de siempre, Inge.

Y se volvió hacia Hubert para consultarle con la mirada.

El ingeniero sonrió.

—Amigo Lechner, de ayer a hoy las cosas han cambiado mucho para Inge. Va a retirarse del teatro. Muy pronto será la señora de Baumgart.

Lechner brincó de sorpresa.

—¡Pero Inge! ¿Es eso verdad?

Inge dudó un momento. Fué una lucha rapidísima, pero enconada.

Triunfó el amor.

—Sí—repuso—. Es verdad.

Lechner se quedó boquiabierto. Después tendió a Hubert la mano.

—Le felicito, amigo mío. Que una artista de la fama de Inge deje el teatro es algo sin precedentes. Mucho ha de amarle cuando se ha decidido.

Aquella misma noche, Vilma Karin pudo ver con orgullo el siguiente anuncio pegado sobre los carteles:

“En substitución de Inge Lind, el papel de Jeanine corre a cargo de Vilma Karin.”

Cuando estaba leyendo estas halagadoras palabras en el vestíbulo del teatro, Otto bajó cantando por la escalera. Ya se había olvidado com-

pletamente de lo sucedido la noche anterior y de la mujer que había representado en ello el papel de protagonista.

Al llegar junto a Karin se detuvo, le dirigió una alegre y maliciosa mirada y, rodeando su talle con un brazo, le dió un beso en la boca.

Ella no se extrañó. Por lo visto estaba acostumbrada a recibir de Otto aquella clase de saludos.

IV

Habían pasado algunos años.

En una hermosa finca de los alrededores de Omstadt, Inge vivía ahora entregada a un nuevo amor: el de Mariechen, su hijita.

Era el día del cumpleaños de Inge.

Al llegar a la amplia sala que daba al jardín, encontró sobre la mesa una tarjeta y unas flores.

"Feliz cumpleaños."

Y la firma era:

"Tu maridito."

Sonrió un poco tristemente y se dirigió a la ventana.

Vió a Mariechen allá lejos, jugando con sus muñecas a la sombra del follaje.

La llamó y la niña acudió inmediatamente, mo-

viendo las piernecitas a una velocidad vertiginosa.

—¿No sabes que hoy es el cumpleaños de mamá?

—Sí, mamita. Felicidades.

Y la pequeña Mercedes cubrió de besos la cara de Inge.

Ella no se cansaba de abrazar a aquel cuerpecillo que era ser de su ser, sangre de su sangre.

¡Cuánto la amaba! Nunca podía imaginarse que existiera un amor así. Ni siquiera el inmenso que sentía hacia Hubert se podía comparar a éste. Era una ternura honda que impulsaba a toda clase de sacrificios.

La volvió a dejar en el suelo desde la baja ventana.

—Anda, sigue jugando.

Y Mariechen se alejó corriendo. Sus cabellos rubios refulgían bajo el sol del día magnífico.

Se acercó la vieja criada.

—El señor me ha encargado le diga que ha sentido mucho no poderla felicitar personalmente. Ahí le ha dejado unas cosas.

—Sí, ya las he visto: una tarjeta y unas flores.

—¿Y no ha visto nada más, señora?

—Nada más.

—¡Oh, señora!—exclamó la fámula con ingenua alegría—. Se ha dejado usted lo mejor. Venga usted, venga usted.

Inge la siguió. La criada cogió un estuche que había detrás de las flores.

—El señor me lo ha enseñado, pero no quiero decir nada hasta que usted lo vea.

Inge abrió el estuche. Quedó maravillada. Era un broche de brillantes, pero tan bello, tan artístico como no había visto otro igual en su vida.

—¡Oh, mi buen Hubert!—exclamó Inge como arrepentida de haber acogido tan fríamente su felicitación.

La buena sirvienta se enjugó una lágrima de emoción. Inge, afectuosamente puso una mano sobre su hombro.

—Me quiere mucho, pero me tiene muy olvidada.

—No le dejan en paz los negocios, señora. Siempre le están llamando por teléfono. Si de él dependiera estoy segura de que no se movería de su lado.

—Yo, en cambio, pienso que si tuviera verdadero interés en no dejarme robaría a sus negocios algún tiempo.

Después, al quedar sola, evocó otros días, inolvidables en que su cumpleaños constituía una verdadera fiesta. Ahora estaba sola. Entonces era gente lo que sobraba a su alrededor. Millares de felicitaciones. Centenares de visitas. Una comida con muchos invitados, música, baile, ruido de risas y de charlas...

Y ya en la pendiente de estos recuerdos siguió

rememorando sus días de gloria, aquellos días de agasajos continuos. Se detenía la gente a mirarla con admiración cuando iba por la calle y se disputaban el honor de una mirada suya. Recostó la cabeza sobre el respaldo del sillón y cerró los ojos. Aun le parecía estar viendo el teatro iluminado y repleto de un público que la vitoreaba. Después, a la salida, la multitud que la acompañó sin cesar de aclamarla hasta el restaurante donde la esperaban sus amigos para darle un banquete. Después...

Se estremeció. Aquel negro recuerdo de su vida era la sombra de sus recuerdos felices. Y huyendo de él, se asomó a la ventana y llamó a Mariechen.

Estuvo toda la mañana junto con ella.

* * *

Al mediodía se presentó Hubert con una noticia que para Inge fué sensacional.

—Esta noche estoy libre. Iremos al teatro. Debuta una compañía de opereta. Mira, aquí tengo las localidades.

Inge se lo agradeció con un abrazo. Estaba tan contenta como una niña a la que acaban de regalar el juguete que ha deseado mucho tiempo.

Y toda la tarde estuvo Inge haciendo cábalas sobre la salida de aquella noche.

V

Después de acostar y dormir a Mariechen comenzó a arreglarse. Se puso su mejor vestido y extremó el arreglo de su persona. En el pecho, bajo el escote de nácar, refulgían los brillantes del broche.

Cuando ya, preparada para salir, se presentó a Hubert, éste se quedó contemplándola con arro-
bamiento.

Estaba espléndida. La maternidad no había hecho sino hermosear sus líneas dándoles una serenidad y una majestad de estatua helénica.

—¡Oh, Inge! ¡Qué hermosa estás!—exclamó sin poder contenerse.

Se acercó a ella para examinarla mejor y la cogió por los brazos.

—¿Me permites que te dé un beso, Inge?

Ella por toda respuesta, se echó a reír y le ofreció los labios y los brazos.

Ya estaban en el umbral cuando sonó el timbre del teléfono.

Inge miró a Hubert temerosamente y él correspondió a aquella mirada.

Salió la sirvienta y descolgó el auricular.



Después de acostar y dormir a Mariechen...

Los esposos esperaron con expectación.

—¿El señor Bernier?... En este momento va a salir... Bien, señor; se lo diré.

Y, tapando el transmisor con la mano, añadió dirigiéndose a Hubert:

—Dice que necesita hablar con usted.

Hubert se dirigió al teléfono con un gesto de fastidio.

El semblante de Inge estaba ya velado por una nube de tristeza. Presentía lo que iba a ocurrir.

—¿Tan urgente es?—preguntó Hubert—. Bueno, bueno, si son tan sólo diez minutos...

Y colgando el auricular, volvió al lado de Inge.

—Ya lo has oído, querida... Se trata de un asunto inaplazable... Pero te prometo que dentro de diez minutos estaré aquí cueste lo que cueste. ¿Verdad que me esperarás sin enfadarte?

—¡Claro, hombre, claro!

Pero la voz de Inge reflejaba un profundo desencanto.

Se sentó a una butaca, frente al reloj y desde allí estuvo viendo cómo las saetas rodaban a una velocidad imperceptible.

Pasaron los diez minutos fijados por Hubert y pasaron diez minutos más. Las saetas siguieron rodando hasta marcar las diez y Hubert no había vuelto todavía. Durante aquella espera tristes pensamientos conturbaron profundamente a Inge.

Por fin se oyó el rodar del llavín en la puerta y apareció el ingeniero.

—Perdóname, querida. Era un asunto de verdadera trascendencia. Mañana tenían que estar instaladas las nuevas máquinas y sin mí no habrían podido continuar trabajando.

—¡Bah! Es lo mismo.

—Anda, vamos. Todavía llegaremos a tiempo de ver algo.

—Sí, de ver cómo cae el telón.

Hubert miró el reloj. En efecto, la función estaría a punto de terminar.

—Es verdad. Ya no veríamos nada.

De pronto tuvo una inspiración.

—¿Sabes lo que podemos hacer?

El nuevo plan no pareció interesar a Inge.

—¡Vamos a cenar al Asteria!—terminó Hubert.

Inge se encogió de hombros. Después de la desilusión que acababa de sufrir nada podía interesarle.

Pero Hubert, sinceramente arrepentido de su proceder en el día del cumpleaños de Inge, insistió y suplicó empleando toda clase de palabras mimosas...

Inge accedió por fin y salieron de casa para tomar el auto a cuyo chofer dieron la dirección del Asteria.

* * *

Era un restaurante de lujo.

El *maitre*, uniformado y ceremonioso, fué a recibirles y les condujo después a una mesa cercana a la puerta de entrada.

El salón rebosaba de gente elegante. Olía a tabaco oriental. Bajo la luz, rosada por las pantallas de seda, las joyas y los hombros desnudos de las damas tenían delicados matices.

Todas las miradas se concentraron un momento en la figura majestuosa de Inge.

—¿Quién es?—se preguntaban las murmuradoras.

—No la he visto nunca. Debe de ser la primera vez que viene aquí.

Se apagó de súbito el rumor de voces.

Un *speaker* acababa de aparecer en el centro del salón para anunciar a una famosa pareja de baile.

Los dos eran negros. Africanos de pura raza, y acaso en eso estribaba su mérito principal.

El público aplaudió e Inge experimentó una emoción extraña al oír los aplausos.

Era un ruido que remozó en su alma lejanos sentimientos y que disipó por completo la tristeza que la embargaba desde que Hubert la tuviera en casa esperando durante una hora.

Se sentía trasladada a otros épocas más alegres

y Hubert lo comprendió al ver el entusiasmo y arrobamiento con que contemplaba a la pareja de exóticos bailarines.

Le pareció muy natural que fuera así. El también experimentó una fascinación semejante, cuando, hacía unos meses, había ido a visitar el pueblo, los campos y la casa donde pasara los mejores días de su niñez.

Y cuando terminó el número de baile acompañó a Inge en sus aplausos entusiastas.

VI

—¡Lechner!

Hubert levantó la vista del plato al oír esta exclamación que había lanzado Inge.

En efecto, Lechner acababa de aparecer en la puerta del salón. No habían pasado los años para él. Estaba tan viejo como cuando Inge se despidió de su compañía para no volver a pisar los escenarios, pero no más. La misma elegancia meticulosa. Los mismos gestos distinguidos... Todo, todo estaba igual.

Lo volvió a llamar cuando pasó por el lado de ellos y Lechner se detuvo.

Lanzó una exclamación de alegría y le estrechó

las manos efusivamente. También saludó a Hubert.

Estuvieron un instante hablando apresuradamente, haciéndose preguntas sobre lo ocurrido en aquellos años últimos.

—Síntese—le ofreció Hubert—. Inge se siente muy dichosa de poder hablar con usted.

—Lo siento, pero mis amigos me esperan. No he venido solo.

Y señaló a una mesa que acababan de ocupar dos personas que para Inge eran bien conocidas.

Una, Vilma Karin, la cantante que tanto la envidiaba; la otra, Otto Radney.

Muy grande fué el esfuerzo que tuvo Inge que hacer para no llamar la atención de Hubert al ver el rostro, siempre cínico y sonriente de Otto.

Otto la había visto y la miraba con una fijeza que aumentó la íntima turbación de Inge haciéndole comprender que Otto no se abstendría de cometer alguna gran imprudencia.

Ni siquiera se había dado cuenta de cómo ni cuándo se había despedido el amigo Lechner para volver a reunirse con sus camaradas. Aunque ya no miraba a Otto, toda su atención estaba en aquella mesa donde acababa de descubrir su temible sonrisa.

No volvió a probar bocado y en vano trató de disimular su desgana.

Hubert le preguntó.

Ella repuso.

—No tengo apetito. Además ya no me gustan las comidas de restaurante.

Hubiera propuesto a Hubert que regresaran a casa en seguida, pero temió que la proposición infundiera sospechas a su marido.

Habiéndola visto tan contenta y entusiasmada hacía un momento, no se explicaría aquel cambio repentino.

Prefirió afrontar la situación valientemente e incluso logró, merced a esfuerzos desesperados, entablar con Hubert, una animada conversación.

Los números de variedades siguieron desfilando por el centro del salón e Inge no apartó de ellos la vista a pesar de que para mirarlos era muy difícil no mirar a Otto, que se hallaba al otro lado del salón. y frente por frente a ellos.

Terminado el espectáculo Inge se decidió a proponer el regreso a su marido cuando lo que vieron sus ojos le cortó la palabra y la dejó clavada en la silla.

Otto se dirigía hacia ella mirándola fijamente y con una sonrisa en los labios que sólo ella podía comprender.

Había comenzado a tocar la orquesta y ya evolucionaban algunas parejas por el centro del salón.

Otto llegó hasta ella. Se inclinó ceremoniosamente.

—¿Me hace usted el honor de concederme este baile?

Inge no supo disimular su azoramiento. Miró angustiada a su esposo.

Este sonrió con orgullo ante aquella turbación que era la mejor prueba de su pureza.

—Baila, mujer. ¡Tanto como te gusta!...

Se levantó Inge. Las piernas le temblaban. Dió gracias a aquella luz sonrosada que a buen seguro disimulaba la intensa palidez que cubría su rostro.

Al llegar al centro del salón sintió en torno a su talle aquellos brazos que otra vez la habían sujetado de modo muy distinto y no pudo menos de estremecerse al experimentar la impresión de que aquello iba a repetirse.

Pero fué un estremecimiento de origen muy distinto al de aquel otro que la hizo caer indefensa en los brazos del seductor la noche que por triste no olvidaría nunca.

Ahora el estremecimiento era de repugnancia, de horror, de deseo de apartarse pronto de aquellos brazos que le parecían garras.

El le hablaba, le hablaba con insinuante cinismo, prescindiendo de la presencia de Hubert, y ella, para no escucharle y para demostrar que no le escuchaba, miraba y sonreía a su marido.

Pero el cínico no se inmutaba por eso.

Muy a pesar suyo, Inge le oyó decir:

—Tengo que comunicarle algo muy importante,



—¿Me hace usted el honor de concederme este baile?

pero para evitar que se impresione usted demasiado se lo comunico por escrito.

Y al mismo tiempo, notaba Inge que un papel rozaba la palma de la mano que Otto le tenía cogida.

Se resistió a tomar el papel y lo empujó con los dedos contra la mano de Otto, pero él insistía con tanta audacia y terquedad, tan descaradamente, que Inge tuvo que tomar el billete para no llamar la atención.

Le pareció que el baile duraba un siglo. Temía no tener fuerzas para mantenerse en pie hasta el final. Creía que no era ella la que daba vueltas sino que todo giraba a su alrededor.

Cuando por fin se vió libre de las odiosas cadenas de aquellos brazos, cuando Otto la acompañó hasta la mesa donde Hubert la esperaba, cuando el canalla se fué al lado de Karin, no quiso retrasar su petición por más tiempo.

—Vámonos—dijo.

—¿Qué te sucede? Estás agitada.

—Sí. Me he mareado un poco. Esto ya no es para mí.

Pidieron los abrigos y salieron del salón.

Cuando Hubert sintió el cuerpo de ella muy junto al suyo en el interior del auto sonrió henchido de orgullo.

—¿Ves, querida, como había en el mundo otras

cosas más bellas que la alegría exterior y el bullicio?

—No lo he dudado nunca, Hubert—repuso ella con tono de angustiosa imploración.

—Pero nunca has estado tan convencida como ahora, que conoces la alegría de una vida apacible, el encanto de un hogar, las delicias del amor de esposa y del amor de madre... ¿Verdad, querida mía, que esto es mucho más hermoso?

—Sí, sí, Hubert, amado mío...

VII

En todo el camino no abrió la mano. Esperó con temor e impaciencia a que su esposo se fuera a sus habitaciones y sólo cuando le oyó cruzar el pasillo y cómo abría y cerraba la puerta de su aposento, ella comprobó que estaba bien ajustada la de su gabinete y desplegó el papel con manos temblorosas.

Ahogó un grito al leer:

“Si estima en algo su felicidad, acuda esta noche, a las dos, al parque que hay enfrente de su casa.”

Anonadada, se dejó caer en un sillón.

Negras ideas acudieron en tropel a su mente,

formando un intrincado laberinto cuyo fin aparecía envuelto en sombras impenetrables.

Otto sabía ya donde vivía. Sin duda, desde que llegara a Omstadt, había concebido aquel criminal propósito.

No se le ocultaba lo que Otto iba a pedirle y, al pensarlo, se rebelaba contra tanta villanía.

Pero lo principal era decidir si debía o no acudir al parque y se entregó de lleno al examen de este dilema que había de ser decisivo para su felicidad.

Horror y asco sentía sólo al pensar que iba a estar a solas con Otto unos minutos, pero ¿qué sucedería si no afrontara valientemente este sacrificio?

Ocurriría que Otto, en venganza, pondría al corriente de todo a Hubert. Las consecuencias de esto eran más claras todavía. Hubert pediría el divorcio, la detestaría, la arrojaría de casa, y ella habría de soportar, no sólo la pérdida de aquella paz que había representado la verdadera y única felicidad de su vida, sino el alejamiento de su entrañablemente adorada Mariechen. Sólo la idea de que esto pudiera ocurrir le produjo el mismo efecto que si una zarpa se apoderase de su corazón para despedazarlo. Miró el reloj. Las dos en punto. Se puso en pie con un movimiento heroico, prendió fuego a la carta, la arrojó a la chimenea y, cruzando el vestíbulo, salió al jardín.

Tal era su azoramiento que no acertó a cerrar bien la puerta y una ráfaga de viento la abrió completamente mientras Inge se perdía en la sombra de las alamedas débilmente iluminadas por la luna.

* * *

Entretanto, Otto y sus compañeros habían llegado al Hotel donde se alojaban.

Se despidió de ellos a la puerta y se disculpó ante Karin:

—Voy a fumarme un cigarro, querida. En seguida subo.

Vilma hubiera protestado, pero temía tener que sufrir el despotismo de Otto, del cual había recibido múltiples muestras durante los años que venían durando sus amores.

Por eso prefirió espiarle desde la ventana de la habitación, para ver la dirección que tomaba.

Otto, que no tenía ganas de fumar, se dispuso a guardarse el cigarro que había sacado delante de Karin, pero al levantar la vista y distinguir a su amante en el balcón iluminado por la luna, se lo llevó a la boca y lo encendió.

Karin se retiró después de arrojarle un beso que tranquilizó grandemente a Otto, y desde detrás de los cristales vió cómo tomaba la dirección del parque de Omstadt.

Ella sabía que Otto había perseguido a Inge

cuando era ésta la primera figura de la compañía e incluso habían llegado a sus oídos rumores de que triunfó en su empresa precisamente en los últimos días en que Inge actuó como cantante.

Aquella noche, en el restaurante, obtuvo la plena ratificación de sus sospechas interpretando lo que Hubert no había sabido interpretar.

Vilma era celosa, pero, con tal de no perder a Otto, habría soportado a cualquier rival. A Inge no. Inge había sido su rival en arte y estuvo por su culpa postergada mucho tiempo. Sus antiguos odios renacían ahora en su pecho con redoblado ímpetu.

—Si es cierto lo que temo—pensó—él y ella se acordarán de esta noche.

Y salió del hotel y siguió a Otto por los caminos en tinieblas.

Lo vio entrar en el parque. Lo vio esperar junto a un banco desde donde se divisaba la casa de Inge. La vio llegar a ella.

No necesitaba saber más. Volvió al hotel, cogió furiosamente el listín de teléfonos y buscó el número de Hubert.

* * *

—Su esposa está en el parque con su amante. Hubert quedó estupefacto al oír estas palabras. Colgó el auricular y permaneció un instante pen-

sativo. Acabó por echarse a reír. ¡Qué disparate! Sólo un loco podía creer eso de Inge.

Pero al tratar de seguir leyendo, su pensamiento se empeñó en continuar ocupándose de lo que acababa de ocurrir.

Realmente, era muy extraño que a las dos de la noche se le hubiera ocurrido a alguien gastarle una broma.

Poco a poco fué admitiendo la conveniencia de examinar las habitaciones de Inge y, por fin, se dirigió a ellas resueltamente, quedando petrificado al ver que el lecho de su esposa estaba vacío.

Tuvo que serenarse para poder cruzar el gabinete y pasar al vestíbulo y allí volvió a experimentar otra sacudida. La puerta del jardín estaba abierta.

Cobrando nuevos ánimos salió al jardín, llegó al parque y no tuvo que andar mucho para adquirir la plena certeza de que la comunicación telefónica no había sido una burla.

Allí estaba Inge acompañada de un hombre, del mismo hombre con el que aquella noche había bailado en el restaurante.

La conversación de la que Hubert sólo oyó imperceptibles susurros, fué muy breve. Otto sólo quería convencer a Inge de que se divorciara de Hubert y volviera al teatro. Estaba seguro de que no sería feliz en el matrimonio porque ninguna artista que había llegado adonde llegara ella podía

vivir después sin la idolatría del público y sin las emociones del arte.

Pero Inge aseguró a Otto que era sumamente feliz en su vida actual y le suplicó con lágrimas en los ojos no turbara la felicidad aquella.

Cuando ella huyó hacia la casa Otto sonrió con indiferencia. "Después de todo ¿qué me importa a mí esta mujer?", se dijo.

Y echó a andar hacia la salida del parque.

Pero una sombra surgió ante él cortándole el paso.

Al ver que era el marido de Inge no se inmutó, sino que esperó tranquilamente su pregunta.

—Sólo deseo que me diga—manifestó Hubert disimulando su cólera—si hay algo entre mi esposa y usted.

Otto se le quedó mirando fijamente, se rascó la barbilla, trazó algunos rasgos en la arena con el bastón y repuso:

—Hay cosas que no pueden decirse.

* * *

Muy pensativo, el abogado entró en el despacho de Hubert.

—Creo que se ha equivocado usted, amigo mío. Su esposa acepta todas sus condiciones. Lloro sinceramente. Hay algo en sus ojos que no engaña.

—Es inútil. No quiero volver a saber de ella.



—Hay cosas que no pueden decirse.

Y vinieron los días difíciles para Inge. Su reaparición como primera figura en la compañía fué un tremendo fracaso y el empresario mandó retirar su nombre del cartel.

Cuando Lechner le comunicó esta decisión no le importó el fracaso artístico sino el problema del sustento y de la cama de dormir.

—Dígale usted que me deje un puesto en la compañía, aunque sea en el coro.

Y en el coro se quedó.

Un pensamiento la acompañaba a todas horas: el recuerdo de su Mariechen. Nunca, nunca hallaría consuelo para el dolor de vivir alejada de su hija. Y la veía en sueños y la veía a todas horas con los ojos del alma.

Para el día de su cumpleaños le hizo una muñeca como ella sabía que le gustaban a Mariechen y se la envió sin dar su nombre.

Hubert le había comprado un montón de juguetes, pero la niña prefirió aquella muñeca que las manos de su madre habían confeccionado.

—¿Quién ha mandado eso?—preguntó a la sirvienta.

—No sé, señor. La ha traído el muchacho del ordinario con este papel.

En el papel sólo decía:

“Para Mariechen en el día de su cumpleaños.”

Y aunque Inge había tratado de disimular la letra, Hubert la reconoció.



...le hizo una muñeca como ella sabía que le gustaban a Mariechen...

Por su gesto, más de pena que de ira, comprendió la vieja criada.

—¿Es de...?

Pero se detuvo ante una mirada severa de su señor.

Se fué llorando. Hubert sentía también algo que se parecía mucho al deseo de llorar.

* * *

Lechner estaba contentísimo. Se apresuró a dar la noticia a Inge.

—Otra vez serás la primera figura de la compañía. Vamos a hacer una *tournee* por provincias.

Inge acogió la noticia con indiferencia.

—Y ¿por dónde empezaremos?

—Por Omstadt.

Era de noche. Desde el cuarto del hotel veía el parque, la casa de Hubert, la ventana del cuarto de Mariechen...

Sin poder contenerse, arrastrada por una fuerza irresistible salió a la calle y se dirigió a la mansión que hasta hacía poco había sido suya.

Quería ver a Mariechen, quería estrecharla entre sus brazos, y lo haría, costara lo que costara.

Al llegar junto a la baja valla del jardín el perro comenzó a ladrar, pero Inge le llamó por su nom-

bre y el animal trocó los ladridos por alegres saltos al reconocerla.

Introdujo la mano entre los listones y descorrió el rústico cerrojo.

No eran más que las nueve y aun estaban abiertas todas las puertas de la casa. Por eso le fué fácil llegar hasta la habitación de Mariechen.

Tuvo que apoyarse en la puerta para no caer, al ver a su hijita de su alma.

Estaba sola y en aquel momento se disponía a acostar a su muñeca para acostarse ella después.

—Mariechen—la llamó con voz que parecía un suspiro.

La niña se volvió.

—¡¡ Mamá!!

Fué un grito que llenó la casa de una alegría loca y delirante.

Hubert, que leía en la biblioteca, dejó el libro y se dirigió a la habitación de Mariechen.

Y allí encontró a madre e hija, estrechamente abrazadas.

Por un momento permaneció mudo y absorto ante aquel espectáculo de amor incomparable.

Los bracitos de Mariechen estrechaban con todas sus fuerzas el cuello de Inge y los de ella rodeaban también el cuerpecito de la niña en cuyo rostro no había ya punto donde no hubiera puesto un beso y una lágrima.

Un profundo respeto, una honda gratitud nació



Y allí encontró a madre e hija estrechamente abrazadas.

de pronto en el pecho de Hubert hacia aquel ser que tan profundamente amaba a su querida Mariechen, y comprendió que entre Inge y él había algo que nada ni nadie podría destruir.

Sus almas se encontraban al concentrarse las dos en Mariechen. Y, además, tenía la certeza, cada vez más firme, de que Inge no era merecedora de su desdén.

Por eso se acercó a ella y rodeó sus hombros con un brazo para decirle tiernamente:

—Inge, tienes mi perdón. Ahora sólo falta que tú me perdones a mí.

Al día siguiente la compañía de opereta que actuaba en Omstadt tuvo que buscar rápidamente la artista que substituyera a la primera tiple Inge Lind.

FIN

EXCLUSIVA DE VENTA PARA ESPAÑA

Sociedad General Española de Librería,
Diarios, Revistas y Publicaciones, S. A.

Barcelona: Barbará, 16; Madrid: Caños, 1

Tlp. Barcelona - Aribau, 206 - Teléfono 75087 - Barcelona

Ediciones BISTAGNE publica éxito tras éxito.
Véase si no:

El precio de un beso

por José Mojica y Mona Maris
(3 ediciones)

Del mismo barro

por Mona Maris y Juan Torena
(6 ediciones)

Ladrón de amor

por José Mojica y Mona Maris
(2 ediciones)

El Valiente

por Juan Torena
(2 ediciones)

El presidio

por José Crespo
(2 ediciones, agotándose ya la segunda edición)

Romance

por Greta Garbo y Lewis Stone

El gran charco

por Maurice Chevalier y Claudette Colbert

Esta semana, la emocionante novela

Tempestad

por John Barrymore y Camila Horn

En breve:

El dios del mar

por Rosita Moreno y Ramón Pereda

Ediciones BISTAGNE

Paseo de la Paz, 10 bis

Teléfono 18551

BARCELONA